

y por cierto que no hubiera dejado de hablar de ello en su carta apostólica.

Por otra parte, esta acción se dió en un encuentro; en batalla formal; si solo fué un encuentro, no se concibe que pereciesen tan gran número de Templarios, hasta quedar sus casas desiertas; si fué una batalla en toda regla; ¿cómo es posible que los historiadores de aquella época no digan ni el día, ni la ocasión, ni la existencia, mientras que dan los detalles tan exactos y circunstanciados de los combates dados entre los genoveses y venecianos? ¿Cómo los Prelados y los barones sirios no impidieron el combate, ofreciéndose como mediadores entre las dos Órdenes? Y era muy fácil reconciliarles por que el Gran Maestre del Hospital era hermano del gran preceptor del Temple en Oriente.

El último asunto que mediaba entre las dos Órdenes en esta época y que había sido causa de algun desacuerdo, había sido remitido á Roma, y devuelto á Oriente, terminándolo, en Tolemaida, dos Abades delegados por la Santa Sede, el uno del Santo Sepulcro y el otro de S. Samuel de la Orden Premonstratense.

El silencio de los contemporáneos acerca del hecho en cuestión confirma lo que ya hemos dicho en otro lugar, que Mateo de París no es por cierto un fiel guía que se deba seguir en los asuntos de Palestina (1).

Conocía tan poco este hecho, que ni sabía quienes batieron á los genoveses, pues no hace ninguna mención de los venecianos ni de sus triunfos y ventajas conseguidas sobre los primeros. En fin, si hubiera sido verdad que los caballeros europeos se hubiesen reunido, como el tal autor dice, para deliberar acerca de los medios de restablecer sus casas vacías y abandonadas en Oriente, el escándalo se hubiera hecho público, y ningún historiador hubiera dejado de hablar de semejante hecho, y Mateo de París lo hubiera escrito no como cosa dudosa, sino como hecho constante y averiguado, lo que sin embargo no se atrevió á hacer, á pesar de haber exagerado y hecho constar faltas de las personas que no amaba (2).

La situación de la Palestina en la época de que nos ocupamos, si bien no era envidiable, no obstante gozaba de una tranquilidad aparente y pasajera, y, merced á este sosiego, se procuró fortificar algunas plazas y castillos más avanzados á las fronteras del musulmán, á fin de contenerle en sus correrías. Las Órdenes militares las guarnecían cuidándose poco de la situación peligrosa de dichas plazas; desafiaban el peligro y nada era capaz de arredrarles. También se fortificó el castillo de Karak, en el

(1) Dixisse contentus tam multos in hoc auctore occurrere errores circa expeditionem hanc transmarinam ut illius cognitio ex ipso nequaquam sit petenda. Ita Stellingus in vitam S. Ludovici pag. 122.

(2) Perpetuum est Parisii vitium ubi quid minus recte factum existimat á principibus viris id verbis in immensum augere; jactataque malevolis quibusdam conscribere, ac si cummuni fere omnium voce probata essent. Ita Stettingus ibid. pag. 313.

condado de Trípoli, y para reprimir las escursiones del infiel, Fr. Guillermo de Chateaufort, Gran Maestre del Hospital, organizó un cuerpo de tropas á sueldo de la Orden, con 100 caballeros, para que desde el castillo de Assur, fronterizo de las tierras del Sarraceno, pusieran á este á raya y escarmentaran su osadía.

Muy poco tiempo se pasó sin sucesos ruidosos en la Palestina, manteniéndose los unos dentro de sus plazas, y los otros en sus dominios, que por razón de sus divisiones y guerras civiles no se ocupaban de los cristianos, contentándose con pequeñas escursiones, correrías y uno que otro ataque ó encuentro de poca importancia. No obstante, las Órdenes militares, merced á esta tranquilidad aparente, pudieron aumentar sus fuerzas con los hermanos, servants y reclutas de Occidente, que, en pequeños ó numerosos grupos, llegaban de vez en cuando á la Palestina, y estos refuerzos llegaron con oportunidad en los momentos en que los cristianos de Oriente se preparaban para oponerse á los tártaros, que habían invadido parte del Egipto, inmediato á la Tierra Santa.

1260. En efecto, aquella multitud innumerable de bárbaros, atacando á los musulmanes, se apoderaron de Damasco, Emesa, Alepo, y otras plazas. No tardó mucho en verse aquella irrupción penetrar en la Galilea, y entrar en la Santa ciudad de Jerusalem, que se hallaba sin defensa, y desde allí pasó hasta las puertas de Tolemaida insultando á los cristianos.

La ciudad fué dichosamente librada del peligro que corría cuando menos lo pensaba, y lo debió á los Egipcios, sus enemigos, pues temiendo los progresos del Tártaro, el Sultan de Egipto Melec-Elvahet, le atacó en las llanuras de Tiberíades donde quedó derrotado; y al volverse el Sultan victorioso hácia el Cairo, Bibars por otro nombre Bendocdar, el vencedor del conde de Artois en Mausouratk, asesinó al joven sultan, y de general pasó al trono de Babilonia, proclamado por los mamelucos. Parece que no fué solo la ambición, lo que le arrastró al crimen, sino la fidelidad de su Soberano en observar la tregua firmada con los cristianos, y como los mamelucos, que le habían proclamado emperador, profesaban como él, odio encarnizado á los cristianos, de ahí es que señaló su advenimiento al trono, ensangrentado por un asesinato, con una guerra sin descanso, con satánico furor, y perseverancia increíble contra los cristianos; pero especialmente, contra los caballeros de las Órdenes; y á pesar de la tregua que aún no había terminado, atacó á las fuerzas cristianas derrotándolas á fines de este año. Hubo diferentes combates todos sagrientos, en los cuales el valor, coraje é intrépidez de los combatientes por la religión cristiana no equivalían á contrarrestar las numerosas fuerzas del musulmán. Las pérdidas del Temple fueron considerables: Fr. Estéban de Sissi, preceptor de la Sulla, los caballeros de Tolemaida, de Saphet, Belfort, y del castillo de los peregrinos fueron batidos y dispersados.

Fr. Mateo, el salvaje, Comendador del Temple, muchos caballeros, con gran número de soldados de infantería y caballería quedaron tendidos en el campo, amén de otros que cayeron prisioneros y cargados de cadenas, conducidos cautivos á Babilonia. El Temple en esta ocasión perdió todos sus equipajes y bagajes. Para rescatar al Señor de Baruth, al Mariscal del Reino, al Gran Comendador del Temple y á otras personas de distinción, fué preciso recoger la suma de 20,000 besans. Hallamos por primera vez en las historias originales el título de Comendador para designar á uno de los grandes dignatarios de la Orden del Temple (1).

Al saber Urbano IV los desastres experimentados en Palestina, escribió á S. Luis Rey de Francia, diciéndole entre otras cosas:

«El sultan de Babilonia, contra la fé de los tratados, ha ido á acamparse con ejército formidable entre el monte Tabor y Naim, y sus tropas, en odio al nombre cristiano, han llevado el hierro y el fuego hasta las puertas de Tolemaida, han arrasado la Iglesia de Nazaret y la del Tabor, sus soldados matan indiferentemente á todos los que encuentran, sin distinción de sexo ni edad. La condicion de aquellos que mueren por el hierro de los bárbaros no sería tan de lamentar, pero los suplicios que hacen experimentar á los prisioneros, para obligarles á cambiar de religion, no se pueden ponderar.»

Los lamentos, exhortaciones y súplicas de los Papas apenas se escuchaban, y las noticias desgarradoras que llegaban de la Palestina hacian muy poca impresion á los occidentales, ocupados en sus intereses particulares: solo el rey de Francia alarmado por tan lamentables sucesos, en una reunion de obispos ordenó se hicieran procesiones y rogativas públicas. Sin embargo, la Palestina continuaba en peor estado, aumentándose cada dia sus peligros para perderse totalmente.

Este mal estado de los asuntos orientales dió lugar á que muchos señores del país vendieran parte de sus posesiones creidos de que no gozarían de ellas largo tiempo. Balian de Arsouf, vendió á los Hospitalarios sus tierras y dependencias. Julian de Sidon hizo otro tanto del Castillo de Beaufort, así como de la ciudad de Sidon, por cuanto su ciudadela ya pertenecía al Temple desde muchos años, (2) la cual se defendió de los tártaros obligándoles á retirarse. La Orden del Hospital cedió á la del Temple todas las pretensiones que aquélla tenia en Jerusalem, pero el Temple las renunció luego, y el Gran Maestre del Hospital Chateauneuf, las rescató del preceptor del Temple, hermano suyo, por una suma que no pasaba del precio de un caballo (3). Esto indica suficientemente la poca

(1) Tyrli. cont. hist.—Item Marin Sanut año 1200.

(2) Marin Sanut año 1200.

(3) Monasticon Anglicanum vol. 2. pág. 502.

confianza que ya se tenia de entrar otra vez en posesion de Jerusalem.

Hasta entonces se habia observado que la nobleza seglar preferia ingresar en la caballería del Temple que en la del Hospital; porque en la primera el hábito de los caballeros se distinguia del de los Servants, y en la segunda no existia diferencia ninguna entre los caballeros de primero y segundo grado. En virtud de las observaciones que acerca de esto hizo el Gran Maestre del Hospital á la Santa Sede, Adriano IV, para poner una distincion entre los hermanos servants y los Caballeros del Hospital, ordenó que en adelante los caballeros en las casas de la Orden, llevasen la capa negra, y en la guerra un sayo ó cota de armas encarnada con la cruz blanca, igual á la del estandarte de la religion y á sus armas que son de gules y la cruz en campo de plata, lo que no era el blason de los Templarios, como equivocadamente lo ha imaginado el arte heráldico. Los Templarios lo tenían de plata de *sable* en la cruz con abertura recamado sobre el todo con el lema *Non nobis, Domine, non nobis*, etc. (1).

Además de las señales que distinguian á los súbditos de las dos Órdenes; habia otras para los eclesiásticos que eran cofrades, aunque no llevasen el hábito de la religion, y esto para hacerse participantes de los privilegios, y tuviesen derecho como familiares y comensales de la Orden á pesar de los obispos. Esta costumbre fué declarada abusiva en un Concilio que se tuvo en Arles aquel mismo año, y decian los Prelados:

«Nos queremos y pretendemos que estos domésticos ó familiares, no obstante sus señales de distincion, sean suprimidas y corregidas sus faltas y delitos por los ordinarios conforme á la decretal de Inocencio III (2).

1261. El sultan de Egipto, el terrible Bendocdar habiendo resuelto arrojar de la Palestina á los cristianos pasó á sitiarse la fortaleza de Assur defendida por los Hospitalarios. Era una plaza de las mejores y la mas respetable tal vez de todo el país. El Gran Maestre del Hospital, que era en esta época Fr. Hugo de Revel, mandó reforzarla con 90 caballeros además de la guarnicion ordinaria. Los ataques que dió Bendocdar á la plaza fueron vigorosos, la defensa no lo fué menos; el asalto era repetido y el sultan no entró en la plaza sino pasando por encima de los cadáveres de los defensores y de los intrépidos guerreros, muertos por la obediencia, y con el mérito y honor de haber combatido por la Religion (3).

Bendocdar, continuando sus conquistas sobre el campo cristiano, marchó hacia Antioquia, y se presentó á sus puertas, que hubiera sin duda rendido, si el rey de Armenia no hubiera logrado que los tártaros fuesen á atacar á los musulmanes, salvando así Antioquia.

(1) Odoric. Reinaldi año 1259.—Item A. Plaine, pág. 251.

(2) Concilia Labbei tom. II, col. 2365.

(3) Sanut lib. 3, part. 12, c. 8.

1262. A pesar de la distraccion que los tártaros ocasionaron al sultan de Egipto, con el cual tuvieron bastantes combates prósperos y favorables, no dejó de presentarse Bendocdar al frente de 30,000 hombres en las llanuras de Tolemaida, devastando las cosechas é incendiando todos los alrededores, llegando á las puertas de la ciudad á la cual puso en alarma, no retirándose sino despues de haber rechazado á los caballeros de las Órdenes que le atacaron, muriendo muchos de ellos en el campo, y otros á consecuencia de sus heridas. El sultan, durante un armisticio, pidió un cange de prisioneros, como estaba convenido en tratados anteriores; pero tanto los Templarios como los del Hospital lo rechazaron, y con justa razon, diciendo que á pesar de los tratados, en que él se apoyaba, las Órdenes habian tenido que rescatar á gran parte de los suyos con sumas importantes, y que en la actualidad ellos tenian prisioneros distinguidos y en mayor número que el sultan, por lo que, irritado este de semejante respuesta se vengó destruyendo completamente el monasterio llamado de Belen en las cercanías de Tolemaida, á últimos de 1263 los caballeros de las dos Ordenes vueltos de su estupor por las continuas pérdidas y desgracias experimentadas, y cansados de verse encerrados en las fortalezas, salieron de ellas para operaciones militares, sino en grande escala, porque les era imposible, por sus reducidas fuerzas, á lo menos atacar pequeños destacamentos y castillos de menor importancia. En efecto, su primera ventaja fué rendir el castillo de Lilion que arrasaron, y al acudir en su socorro un cuerpo de musulmanes le batieron tambien, haciéndole 300 prisioneros; cogiendo mucho ganado mayor, y menor perdiendo solamente tres hombres. El sultan, por su parte, hacia lo mismo en las inmediaciones de Roma.

El 15 de junio de 1264, secundados los caballeros por los ciudadanos de Tolemaida, formaron el desígnio de quitar de las manos del musulman á un gentil hombre cristiano que el sultan rehusaba entregar, y puestos en combinacion marcharon hácia Ascalon, arrebatando cuanto les fué posible. Dos Emires, á la cabeza de 400 hombres, perecieron en un combate que se tuvo en aquellas inmediaciones, huyendo los demás, sin pérdida alguna por parte de los cristianos.

Tres meses después, un cierto Oliver de Termes, llegado últimamente á Tolemaida, reunió sus fuerzas con las de las Órdenes, y milicia de la ciudad, y juntas salieron para combatir con los infieles, á los cuales se les incendiaron algunos fuertes, se devastaron sus campos, haciendo capturas importantes en hombres y rebaños: pero, á últimos del mismo año, el sultan que por su parte no dejaba un momento de reposo á los cristianos, se apoderó por traicion de Cesarea y poco después de la villa y castillo de Arsouf, por medio de un sitio formal (1).

(1) Tyrii const. hist. — Beaudouin et Saunet.

En este tiempo ocupaba la Sede apostólica un Papa francés, que para favorecer los intereses de su nacion, fué causa de graves disturbios y desavenencias con los reyes de Aragon. Este Papa, queriendo quitar á los descendientes de Federico II la Pulla y la Sicilia, ofreció la investidura á Cárlos de Anjou hermano de san Luis; y para poner á dicho príncipe en estado de sostener la guerra contra Manfredo que estaba en posesion de dicho reino, Urbano IV, que era el Pontífice de quien hablamos, le cedió el diezmo sobre la Provenza y autorizó á su legado para imponer censuras á los que rehusasen pagar aquel diezmo, para obtener recursos á favor del de Anjou, sin exceptuar á Templarios ni Hospitalarios, á pesar de los privilegios de que gozaban de no poder ser entredichos (1).

Para lograr con más seguridad este objeto, el mismo Papa encargó á san Luis pidiese al capítulo del Gran Maestre del Temple nombrase por Preceptor de Francia á Fr. Amaubri de Rup, como se puede ver en la carta de la que Renaldi nos ha transmitido un fragmento en su historia, donde el Santo rey está representado como el vengador de las inmunidades eclesiásticas, protector de la Iglesia y de las personas religiosas.

Urbano IV, dice á los caballeros. «Para vosotros que gozais de todos sus favores, ¿de cuánto reconocimiento no debeis estar penetrados hácia él? Si os acordais de su celo por la defensa de vuestra Orden y de sus derechos, la particular estima con la cual os honra á todos los miembros de vuestra corporacion, os vereis obligados á confesar que él es no solamente justo y razonable, sino tambien de la mayor importancia para vosotros concederle lo que él os pide en la actualidad, á saber á Fr. Amaubri por Preceptor de Francia.»

No contento el Papa con unir sus instancias á las del rey, encargó al Patriarca solicitase lo mismo, lo que no podia menos de alcanzarse á gusto de las dos potestades.

Antes de Urbano IV, ningun pontífice se habia mezclado en el gobierno de los Templarios y mucho menos en destituir sus altas dignidades. Indispuesto este Papa contra Fr. Estéban de Sissi que de preceptor pasó á la dignidad de Mariscal de la órden, jefe distinguido en los combates de Siria, privóle de su dignidad ignorándose la razon y el motivo. Solamente puede conjeturarse que siendo preceptor de la Pulla no entrase en las miras de dicho Papa sobre la investidura del de Anjou para el reino de Sicilia. Sea lo que fuere, Fr. Estéban de Sissi no dejó de representar al Pontífice que dicha destitucion era un atentado jamás oido hasta entonces; lo que le valió una excomunion. El golpe de esta censura contra un alto dignatario del Temple, motivó que todos los caballeros, descontentos ya de la Santa Sede porque en lugar de enviar socorros, detenia en Italia á

(1) Thesaurus Anecdót, tom. 2, col. 80.

los cruzados destinados para el Oriente, tomaron partido por el Mariscal. Originando al Papa algunas mortificaciones cuyos detalles ignoramos; lo que hace adelantar á Renaldi, sin fundamento, que los Templarios intentaron sustraerse á la autoridad de la Santa Sede, sin decir como ni en que sentido.

Habiendo muerto Urbano IV, en estas circunstancias, Clemente IV, su sucesor, levantó la excomunion á Fr. Estéban de Sissi, pero no lo hizo hasta estar asegurado de la sumision de los caballeros, dirigiéndole una carta en la cual reprende su ingratitude, y pregunta si se imaginan los caballeros que el Salvador sujetando las ovejas al gobierno de san Pedro, exceptuó á los miembros y oficiales del Temple, y dice. «¿No sabeis vosotros que si la Santa Sede cesara un momento de protegeros contra los obispos y príncipes, no podríais jamás resistir contra sus esfuerzos? ¡Pluguiera á Dios que estuviérais, como debéis estar, convencidos de esta verdad! Lejos de llevar la presuncion hasta despreciar la autoridad de aquél del cual dependéis totalmente despues de Dios, no titubearíais en darle todas las muestras posibles de obediencia y adhesion. La humildad os haria encontrar dulce y suave yugo, por duro y molesto que sea, por cuanto vosotros no podeis dudar que este primado que comprende todas las Iglesias y todas las Ordenes, y que vosotros pretendéis restringir por vuestras resistencias, no tiene bastante extension y autoridad para llegar hasta vosotros, y para disponer al igual que á los demás eclesiásticos y religiosos. Temed llevar al extremo esta paciencia que Nos hace disimular muchas cosas que os costaria trabajo justificar, y que Nos no podríamos tolerar por mas tiempo si llegaran á ponerse en evidencia y examinar de más cerca (1).

1265. A pesar de estas vivas instancias que se hacian para comprometer á la Orden del Temple á favor del conde de Anjou, desposeyendo á Manfredo, y que le auxiliase con el dinero destinado á defender á los orientales, Carlos de Anjou no pudo alcanzar nada de los Templarios. El conde se lamentó de ello al Papa, y este escribió diferentes cartas á su legado. En la primera le encargaba apaciguase al príncipe irritado por la resistencia de los caballeros, quienes fundados en sus antiguos privilegios, rehusaban pagar por la guerra de Sicilia, el diezmo de sus rentas; en la segunda, permite al Prelado que era Simon de Brie, obligar á las dos Ordenes á pagar dicho diezmo, siempre y cuando considerase que era absolutamente necesario, y si la denegacion de los caballeros continuaba escandalizando al conde de Anjou (2).

El abate Fleuri que no mira este proceder de los caballeros sino como

(1) Odoric Renaldi año 1233, n.º 75.

(2) Thesaurus Anecd. tom. 2, col. 111 y 118.

una indocilidad, añade que ella perjudicaba los asuntos de Oriente; nosotros vemos lo contrario; por cuanto, lejos de resfriar el celo de los caballeros, ella no causó sino interrumpir por un instante el comercio de cartas y la buena inteligencia que habia entre ellos y la Santa Sede, por cuanto, fatigado Clemente IV, de las repetidas instancias que los Grandes Maestres no cesaban de dirigirle para obtener pronto socorros, este mismo año 1265, el Papa les contestó que las turbulencias de Sicilia los habia impedido, no obstante que habia puesto manos á la obra, y que á consecuencia de sus reclamaciones habia solicitado del rey de Francia y á sus barones preparasen su socorro, que con este mismo objeto, en aquel mismo momento, habia enviado á pedir al marqués de Braudeburgo cumpliera su palabra de pasar á Palestina, y que dentro de poco recibirian los refuerzos que reclamaban, añadiendo: «Procurad, sobre todo, mis caros hermanos, no abandonaros al desaliento; continuad siendo bravos; el brazo del Todopoderoso no se ha debilitado, y será siempre bastante fuerte para daros la victoria; no es necesario tampoco que las guerras que se agitaban en Occidente os causen ninguna alarma, y aunque estemos obligados á mirar y atender á todos en general, y á cada uno en particular, no hemos por esto perdido de vista los asuntos de Oriente; al contrario, tendrán para Nos el primer lugar entre aquellos de que Nos ocupamos (1).

En fin, el conde de Anjou, coronado rey de Sicilia en Roma, á principios de 1266, se puso al frente de un floreciente ejército para ir al encuentro de su competidor Manfredo. Cerca de Benevento se trabó la batalla que fué desgraciada para Manfredo perdiendo en ella la vida.

Carlos de Anjou, para mantenerse en el trono, tenia necesidad del Papa, por cuyo motivo no cesaba de pedirle socorros contra el partido gibelino; á lo que le contestó un dia Clemente:

«Mis cofres están agotados, y Nos admiramos que volvais á la carga, ¿pensais acaso que Nos tenemos el don de milagros para cambiar en oro la tierra y las piedras? Fr. Arnoulf caballero del Temple, está encargado de presentaros nuestras letras; si ellas no responden á vuestras esperanzas, á lo menos os convencerán de nuestra imposibilidad (2).» Era necesario fuese real, por cuanto para aumentar el número de los que se alistasen y se comprometiesen para el partido francés, dicho Papa dispensaba los votos hechos para pasar á la Palestina, lo que no dejaba de perjudicar en gran manera los asuntos de Oriente.

En cuanto á los Grandes Maestres, Clemente se contentaba con responder á sus reiteradas instancias, que no dejaba de compadecerse de ellos, que para los Cruzados no tenia ni un corazón de piedra, ni entrañas

(1) Epist. Clementis 110, tom. 2.—Anecd. col. 169.

(2) Epist. Clem. 110, tom. 2.—Anecd. col. 274.